

Recordando a mi hermano Sacerdote

Por Luis Mariano Claro Torrado



Jesús Emiro Claro Torrado, nació un 17 de julio de 1960 en la vereda, La Rosa Blanca, finca Bellavista, en el municipio de La Playa de Belén. Mi hermano vivió su infancia con las alegrías y los juegos de la edad, como sus hermanos, en la casa de campo de nuestro padre, construida en paredes de bareque y tapia pisada, con techo de paja, teja y láminas de Eternít. Los hermanos Claro Franco y Claro Torrado, compartimos aquel bucólico lugar, que todavía se conserva como el símil de una fotografía centenaria, como si el tiempo se hubiese detenido en el tiempo mismo para recrear los recuerdos del ayer. Cada vez que la visitamos, experimentamos sensaciones de nostalgia, por un pasado feliz y tal vez, no lo sabíamos, por no haber disfrutado el aquí y el ahora. Fue una época de crecimiento en valores y disciplina, rica en amor fraterno y unidad familiar, liderada por el temple de mi padre, Juan Nepomuceno Claro Bayona, y el amor generoso de mi madre, Rosabel Torrado Claro.

Jesús Emiro, fue un joven introvertido, de carácter reservado, un poco tímido, le encantaba la música. Nury Pérez Arévalo fue la única novia que le conocí, un amor de poco tiempo. Nunca manifestó su vocación sacerdotal, es más, quien tenía la intención de seguir ese camino era yo; me encantaba colaborar en las eucaristías de mi pueblo. Sin embargo, en el séptimo día del novenario de mi padre, el 9 de octubre de 1979, nos compartió el llamado de la Santísima Virgen a seguir el camino religioso y su decisión de iniciar la formación académica para servir a la iglesia católica. Inicialmente, exploró la posibilidad de ingresar a la comunidad de los Padres Dominicos,

pero el padre fray Domingo de Guzmán Claro Carrascal O.P. de la Orden Dominicana, quien había viajado desde Bogotá, para asistir al funeral de mi papá, con la franqueza que caracteriza a la familia Claro, le recomendó el sacerdocio diocesano. Durante el año 1980, se dedicó a terminar su bachillerato en el Colegio Gremios Unidos en Cúcuta y a colaborar en la Parroquia del Espíritu Santo en el barrio Quinta Oriental, con el acompañamiento del presbítero Laureano Ballesteros quien lo animó a seguir el ministerio sacerdotal.

Como seminarista se le recuerda por su vocación, seriedad, disciplina y la devoción profundamente mariana. Era feliz participando en las eucaristías especiales y pedía cantar el salmo. El padre Melquisedec Sánchez, (cariñosamente le decimos padre Melco), quien hoy como sacerdote misionero, sirve en la Parroquia San Francisco Javier en Nueva Esperanza en Panamá, lo recuerda como “una persona muy sensible al dolor ajeno, por tanto, era muy solidario, dedicado a la oración, con un gran talento para el canto sagrado”.

En el Seminario Mayor de Tunja, Boyacá, terminó sus estudios de Filosofía y adelantó la mayor parte de la Teología. Recibió la ordenación sacerdotal, con su amigo Álvaro Suarez, (q.e.p.d.), el sábado 18 de noviembre de 1989. Recuerdo que el viernes 17 de noviembre viajé desde Bogotá en un vuelo de Avianca en compañía de mi hermano Bernardo y el Padre Miguel Pacheco Claro (q.e.p.d.); era motivo de felicidad y orgullo presenciar la ordenación sacerdotal de mi hermano Jesús Emiro. Fue una ceremonia muy especial, presidida por Monseñor Alberto Giraldo, Obispo de Cúcuta. Terminada la ceremonia, nos trasladamos al salón de un Colegio de religiosas, donde, hermanos, familiares y amigos, brindamos por el nuevo sacerdote. La primera Eucaristía se realizó el 29 de diciembre de 1989 en La Playa de Belén, con una solemnidad que reunió a más de 500 personas, entre familiares y amigos. Ese día, se degustó una deliciosa carne asada preparada por mi hermano Bernardo, que fue una delicia para todos.

Como sacerdote, fue vicario en la parroquia del municipio de Gramalote N. de S. y en la parroquia de San Antonio, del parque Mercedes Abrego; fue párroco de la iglesia de San Judas Tadeo en el sector de El Escobal; párroco de la iglesia de Nuestra Señora de Guadalupe en el barrio Zulima e igualmente, participó en la fundación de la Parroquia Cristo Resucitado en el barrio Niza en Cúcuta. Eran frecuentes las misas de sanación, y muy concurridas, por su actitud mística, por su fervor en la alabanza de Dios, en tal magnitud que llamaron la atención de la comunidad; los feligreses acudían a su parroquia a diferentes horas de la noche y del día, con familiares poseídos por entes malignos, que se expresaban en diferentes voces y mostraban una fuerza extrema, que no podían controlar varias personas; él apaciguaba a los pacientes con oraciones y agua bendita. De estos casos, dan testimonio, mi señora madre, mis hermanas, la secretaria

de la casa cural y los acólitos. Se presentó un hecho digno de reflexión, ocurrió en la Semana Santa de 1996: sonó el timbre de la casa y mi hermano salió a ver quién era. Se encontró con un adulto mayor, llevaba un bulto de deshechos de la calle, al verlo, le dijo: "le daré algo de comer". El visitante contestó: "No vengo por una limosna, vengo a traerle esto". Sacó del bulto una bolsa llena de monedas y le dijo: "Tome, ésta es mi ofrenda", mi hermano, sorprendido, le dio las gracias y lo bendijo. El visitante se retiró. Al verificar, encontró ochenta mil pesos (\$80.000). Esta experiencia la compartió en varias ocasiones, como una lección de vida.

También se presentaron actos desafortunados que afectaron su estado de ánimo y su salud. El primero de ellos, fue en el año 1994 por el robo de las ofrendas de los feligreses; sin el más mínimo temor de Dios, los delincuentes ingresaron a la casa cural con el pretexto de programar una eucaristía, una vez en el interior, encerraron a mi señora madre y a mi hermana Elizabeth en el baño y luego golpearon a mi hermano sacerdote, con un revólver porque no les entregaba todo el dinero; la verdad, este hecho doloroso, indignante e inadmisibles, nunca fue esclarecido por las autoridades.

El segundo hecho, ocurrió el sábado 23 de noviembre de 1998, la secretaria había programado una Eucaristía a las 7:00 p.m., pero se presentaron a las 7:15, sin prepararse y no eran de la parroquia, "por eso y porque todo el día había tenido un mal presentimiento, no quería celebrar la santa misa por las bodas de plata de una pareja de esposos y los 15 años de su hija". Eran las 7:35 p.m. Terminada la consagración, se escuchó un grito: "bomba" y se formó el caos. De acuerdo con el periódico El Tiempo, al día siguiente mi hermano dijo: "Al momento de la explosión sentí una fuerza que me atrajo hacia la imagen de la Virgen María Rosa Mística, patrona de los sacerdotes. Me sentí envuelto en una cápsula que me protegió de la granada, después se oyó la detonación". La pareja y la quinceañera sufrieron graves heridas; sobrevivieron después de varias intervenciones quirúrgicas. Mi hermano, sufrió una fractura de tobillo del pie izquierdo y fue intervenido al día siguiente. El hecho fue registrado por todos los medios de comunicación, como un acto sin precedentes, que conmocionó a la comunidad del barrio Zulima y a la ciudad de Cúcuta. Las investigaciones no llegaron a ninguna conclusión y quedó en la impunidad.

Este acontecimiento, afectó significativamente la salud de mi hermano, las consecuencias se fueron evidenciando con el tiempo, quizá por no haber recibido un tratamiento médico adecuado. Después de reabrir el templo con un acto litúrgico especial, presidido por el señor Obispo Rubén Salazar, la Diócesis lo envió de descanso a la ciudad de Medellín. Al regresar en enero del año 1999, solicitó al Obispo que lo asignara a la capilla El Buen Pastor en el barrio Quinta Oriental, donde se empodera e inicia su trabajo pastoral con grandes retos, deseos de servicio y entrega a la comunidad.

Fue un sacerdote fiel a la Santísima Virgen María, seguidor y promotor de la advocación María Corredentora de la Humanidad, La Divina Pastora, aparecida en una humilde casa de familia en el barrio Tierra Linda del municipio de Los Patios N. de S. Su gran obsesión era promoverla y construir un gran templo para venerarla y glorificar su nombre. Realizó varias peregrinaciones por el Eje Cafetero, Boyacá y Antioquia, evangelizando y dando a conocer los mensajes de la Virgen, recibidos de personas con dones especiales para ello, actitud que no compartían sus superiores ni muchos de sus compañeros de la Diócesis de Cúcuta.

Nuestra comunicación siempre fue fluida, franca, objetiva y transparente; obviamente, teníamos algunas diferencias, siempre reconciliables. Él estaba pendiente de mi hogar, nos visitaba con mucha frecuencia, fue él quien presidió el matrimonio con mi amada esposa, Yolanda Prada Gómez. Además, fue el padrino de bautismo de mi hijo, Juan Pablo. Recuerdo, que siempre venía en enero, a retiros en Villasunción - Bucaramanga, con sus compañeros de la Diócesis; en una ocasión llegó con más de 10 sacerdotes y compartimos algunas cervezas Heineken en las horas de la tarde. La reunión fue inolvidable, por las manifestaciones de alegría y las naturales expresiones de juventud. En mi apartamento celebró varias Eucaristías, pero una fue muy especial, por algunas circunstancias vividas en noviembre de 2013; recuerdo que viajó exclusivamente a celebrarla y fue hermosa por la solemnidad y emotividad que lo caracterizaba. Ese día oró con mi esposa, en la renovación de nuestros votos matrimoniales.

En relación con su salud, Jesús Emiro, fue obstinado y renuente a los exámenes invasivos. Entre los años 1998 y 1999, el urólogo le ordenó la biopsia de próstata, pero no se practicó el procedimiento, prefirió aplazar la decisión y, en cambio, atendió recomendaciones de familiares y amigos para consumir remedios caseros y diversos productos de origen natural y homeopático.

En el mes de febrero de 2012, el señor Obispo de Cúcuta, lo nombró rector de la Capilla Colonial de la Virgen del Carmen, en el parque Colón, designación que aceptó con humildad para emprender un arduo trabajo de restauración de sus instalaciones. Buscó recursos, motivando a la comunidad del sector con su amor por la Eucaristía y promoviendo la devoción por la Santísima Virgen. Cautivó la feligresía con sus misas de sanación, mística y espiritualidad. Al preguntarle a la señora Luz Valencia, asistente de mi hermano en la Capilla; ¿Cómo lo había conocido? Me dijo: "alguien me habló de sus Eucaristías, un día fui a la Capilla y al verlo arrodillado, rezando el Santo Rosario con tanta devoción y entrega, sentí algo muy especial y decidí colaborarle en su misión".

En todos los sitios donde sirvió como sacerdote lo visité con mi esposa e hijos. Me sorprendía la cantidad de feligreses, de todas las clases sociales, que hacían turnos para la imposición de manos; salían renovados, con su

bondad y religiosidad. La vida en familia transcurría en la dureza de los hechos cotidianos, bajo las reglas de la condición humana, entre lo bueno, lo malo y lo feo, pero marcados siempre por la presencia en la familia de un sacerdote comprometido con una gran labor en beneficio de la comunidad. El 18 de noviembre de 2014 cumplió 25 años de servicio a la iglesia, celebró sus Bodas de Plata Sacerdotales con una Eucaristía, acompañado por la familia, los amigos y la comunidad de la Capilla de Nuestra Señora del Carmen.

El 27 de diciembre de 2014, tuvo un episodio de obstrucción total, fue necesario hospitalizarlo. La enfermedad avanzaba de manera silenciosa y devastadora. El urólogo le formuló nuevamente la biopsia de próstata y una gama-grafía. Recuerdo que me comuniqué con la señora Luz Valencia, asistente de mi hermano, y le solicité el favor de compartirme los resultados de los exámenes, tan pronto los reclamara. Al comunicarme nuevamente, me dijo: "Marianito los resultados están muy mal". Ciertamente, ya era demasiado tarde, la enfermedad había comprometido varios órganos: el cáncer había hecho metástasis. ¿Cómo manejar esa situación? ¿Cómo decirle? ¿Qué hacer para que mamá no se enterara? Decidí comunicarme con mi hermana Eucaris y la puse al tanto, ella es un amor, generosa y muy entregada a la familia. Analizamos la conveniencia de no contarles a nuestros hermanos y resolvimos esperar, siempre pensando en el bienestar de nuestra señora madre.

El tiempo pasó y los diferentes órganos del cuerpo se fueron afectando lentamente. Quiero ser lo más sincero al confesarles que no fui capaz de hablar con él sobre el cáncer. En cierta oportunidad hablando con el Dr. Juan Fernando Silva, urólogo tratante, me dijo "el padre Claro debe saber y es necesario que la familia le cuente". Comenté la situación con mi hermana Eucaris y acordamos consultar a un especialista en estos temas para asesorarnos; hice varias consultas con psicólogos clínicos y sacerdotes amigos. La conclusión fue: el urólogo debe explicarle el cuadro clínico; hablé con el Dr. Silva quien me dijo, "yo aprecio mucho al padre Claro y no me siento capaz". Pensamos, entonces, en el Doctor César Pompeyo, quien practica la medicina alternativa y mi hermano lo consultaba con cierta frecuencia, porque sentía alivio en sus dolores del cuerpo. Hablé con él y se programó la cita, estuve muy pendiente del resultado. El doctor Pompeyo me llamó posteriormente: "Señor Claro, qué pena, no fui capaz de decirle". La verdad es que no era fácil, porque él evadía el tema, sin embargo, en una oportunidad me dijo con nostalgia "Ay Mariano, voy a terminar con la misma enfermedad de papá", quedé sin palabras y como pude le dije: "ánimo hermano, con el favor de Dios, todo es posible", fue la única vez que hablamos del tema.

El mes de junio de 2017 fue muy agitado por asuntos familiares y tuvimos varias discrepancias, pero como siempre prevaleció la razonabilidad y la objetividad. Hablábamos casi todos los días, el día 26 a las 6:00 p.m. fue la

última vez, cuando le pregunté cómo se sentía, me dijo: “hoy si estoy mal, reza por mí” y le entregó el teléfono a mi hermano Juan Abel que lo estaba acompañando. Al día siguiente, 27 de junio, estuvimos gestionando con varios contactos, una Unidad de Cuidados Intensivos y se logró al final de la tarde en la clínica San José; a las 5:00 p.m. se autorizó el traslado. Al llegar a la clínica, su corazón no aguantó más y mi hermano sacerdote falleció. Todo un ser de luz que descansa en paz.

El funeral organizado por la Diócesis de Cúcuta, fue un tributo a su vida de servicio y entrega al ministerio. Numerosos feligreses esperaron su turno para darle el último adiós. En los 2 días de velación y durante el tiempo que estuvo en cámara ardiente, en la capilla de Nuestra Señora del Carmen, le manifestaron su gratitud por su trabajo pastoral. La verdad, me sentí sumamente sorprendido, cuando se me acercaban sin conocerme y me decían: “Usted es el hermano del padre” ¿cierto? Gracias, muchas gracias él me ayudó, me enseñó sobre las obras de misericordia que desconocía. Eran personas de todas las clases sociales, las que me abordaron para decirme algo positivo de mi hermano sacerdote. En esos días de velación, mi entrañable primo, Guido Pérez Arévalo, me dijo: “Pariente, no conocíamos la magnitud del trabajo pastoral del padre Jesús Emiro”.

La Eucaristía realizada el viernes 30 de junio de 2017, fue de una solemnidad especial y el acompañamiento de sus compañeros de sacerdocio, total. Según el Padre Esteban, Párroco de la Catedral, asistieron más 120 presbíteros y una cantidad significativa de religiosas de diferentes comunidades. Sacerdotes, procedentes de varias ciudades, se desplazaron a Cúcuta a despedir a su amigo. La cantidad de feligreses que asistieron a la Catedral fue multitudinaria.

Mi hermano a pesar de ser sacerdote, no hablaba de su muerte, sin embargo, presagiaba su final, hay verdaderas evidencias que así lo demuestran. En sus últimos días, encomendó a sus amigos más cercanos y generosos, tareas específicas para no desfallecer en su legado. El 2 de mayo de 2017, 55 días antes de su muerte, se comunicó con la doctora María Claudia Forero Martínez y le dijo: “Usted será la encargada de escribir mi historia de vida como sacerdote”, ella le respondió: “padre Emiro, ¿por qué dice eso?”, él le respondió: “yo sé por qué se lo digo”. Así mismo, delegó a un grupo de colaboradores, entre ellos, la doctora Fanny Capacho y el doctor José Vicente Yáñez, para continuar con los trámites y hacer efectiva la construcción del Santuario Internacional de la Corredención, su mayor anhelo, del cual ya había colocado “la primera piedra” en el lote ofrecido por la Ingeniera Leonor Corredor en el sector Llanitos - Municipio de Los Patios, con una eucaristía muy emotiva. En este tercer aniversario, tenemos los motivos para no desfallecer en la misión de hacer realidad su sueño. De otra parte, espero que este documento, sirva de base para reconstruir y enaltecer la historia de mi hermano como sacerdote

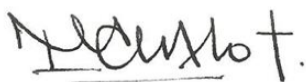
Al preguntarle a mis hermanos Claro Torrado por el mejor recuerdo de Jesús Emiro, respondieron así: Juan Abel: "Su gesto de solidaridad y apoyo incondicional, cuando estuve varios días sin dormir, me visitó, hizo oración y me regaló unos medicamentos"; Yolima: "Lo mas importante fue dejar el hermoso legado a la Eucaristía y al Santo Rosario, para que siempre estemos unidos en los corazones de Jesús y de María"; Eucaris: "La alegría que irradió, al celebrar la Eucaristía en la basílica de Guadalupe en México"; María Helena: "el abrazo que me dio el 26 de junio y me dijo, gracias Nena, te quiero mucho"; Para los sobrinos, el mejor recuerdo de su tío es: Antonio Francisco José Niño Claro (Toño): "Hijo Usted sabe que yo lo quiero mucho, dígame una cosa. ¿Cuándo fue la última vez que se confesó?"; "Adriana Ricaurte Claro: "Los deseos cargados de cariño en cada llamada de cumpleaños"; Karla Gabriela Niño Claro: "cuando me saludaba, con una sonrisa pícaro, sus ojos iluminados de alegría y decía: hola cavernícola"; Nathaly Claro Chacón: "cuando llegaba del colegio siempre lo visitaba en su apartamento, le contaba mis inquietudes y le consultaba las cosas que en su momento me causaban curiosidad"; Juan Pablo Claro Prada: "sus abrazos demoledores, vibrantes, todo un ritual eléctrico. Su voz ceremoniosa resuena en lo más profundo de mi corazón. Un hombre excepcional, mi ángel de la guarda"; Catalina Claro Valencia: "cuando se ponía a molestar con Juan Manuel y le seguía siempre el juego a las bromas y chistes, nunca se ponía bravo"; Valeria Claro Valencia: "sus gestos chistosos que hacía cuando no le gustaba algo"; Camila Rincón Claro: "él siempre fue mi guía espiritual, cuando me sentía triste o preocupada, me hacía oración, imponía sus manos sobre mi cabeza, yo sentía alivio y fortaleza para seguir adelante"; Santiago Claro Prada: "una vez que fuimos de visita, me dijo: venga sobrino acompáñame, estuve toda la tarde con él visitando familias e iglesias de sacerdotes amigos"; Juan Manuel Claro Valencia: "serví como acólito en una eucaristía, y de regreso a casa lo vi reír como nunca antes, en sus ojos se veía un hombre feliz de haber servido a su comunidad. Lo recuerdo con esa gran sonrisa, y la alegría en sus ojos y su rostro en general"; Mariana Claro Chacón: "yo desde pequeña siempre encontré en mi tío tranquilidad y serenidad, a través de la oración y su orientación"

Hoy 27 de junio de 2020, en el tercer año de su pascua, quiero agradecer en nombre de mi señora madre Rosabel Torrado Vda. de Claro, hermanos y sobrinos, a las personas que le brindaron su apoyo económico incondicional y su amistad inquebrantable, entre ellos: la señora Saray Corredor Salcedo, calificada como la segunda mamá; señora Luz Valencia, su ángel de compañía; señora Fanny Zúñiga, su ángel y protectora; Dra. María Claudia Forero Martínez, su secretaria de siempre; Matilde Peralta, su secretaria y amiga de siempre; Arzobispo Alberto Giraldo, calificado como papá en su ordenación sacerdotal; Arzobispo Luis Madrid Merlano, su amigo entrañable; Monseñor Ignacio Gómez Aristizabal, su amigo entrañable; Monseñor Froilán Casas, su amigo y guía espiritual en el seminario de Tunja; Monseñor Armando Larios, su amigo y consejero; Padre Carlos Simón Pabón,

su padrino de ordenación y confesor; Padre Melquisedec Sánchez, amigo de siempre; Padre Francisco Vera Monsalve, su amigo de siempre; Fray Said Amaya O.P. su amigo confidente; Fray Ismael Arévalo Claro, primo entrañable; Padre Gustavo Sánchez, su amigo de siempre; Dr. Bladimir Valderrama Montiel, su médico incondicional, lo visitaba diariamente; señora Nury Rodríguez, amiga entrañable y benefactora; Dr. José Vicente Yáñez, amigo incondicional y benefactor; Dr. Mario Rojas y señora Patricia Cetina, sus amigos y benefactores; Coronel Milton Vargas y señora Tatiana Bustamante, q.e.p.d., sus compadres y amigos entrañables; señora Mary Arias, amiga y benefactora; Dr. Armando Santafé y señora, amigos y benefactores; señora Luz Stella Delgado, amiga y benefactora; señora Fanny Zúñiga, amiga de siempre; señora Rosa Bermón, amiga entrañable de El Escobal; señor Genaro Villamizar, q.e.p.d., amigo hasta el final; señora Cecilia Trigos y familia, amigos entrañables; Pedro Ararat y su esposa Angélica Rodríguez, amigos muy apreciados; Ramiro Gélvez y Familia, amigos muy apreciados; Oscar Blando, acólito y su vocación hace parte del legado pastoral, radicado en Roma y su ordenación sacerdotal será el próximo mes; seminarista Alejandro Sánchez, amigo y fruto de su trabajo pastoral; señor Daniel Hernández Peralta, amigo entrañable y acólito de siempre, Linda Paola Gélvez Cáceres, acólita y ahijada; Karla Isabela Monsalve y Danna Sánchez, últimas niñas acólitas; Juan Carlos Umaña, último acólito y amigo entrañable, A todos los feligreses de la Diócesis de Cúcuta que aún lo recuerdan.

Jesús Emiro, hermano mío, en estos tres años de vida sin tu presencia física, extrañamos tus eucaristías celebradas con esa solemnidad y amor a la santísima virgen. No olvidamos las expresiones de felicidad, generosidad y entrega al servicio de la comunidad.

Descansa en paz.



Bucaramanga, 27 de junio de 2020